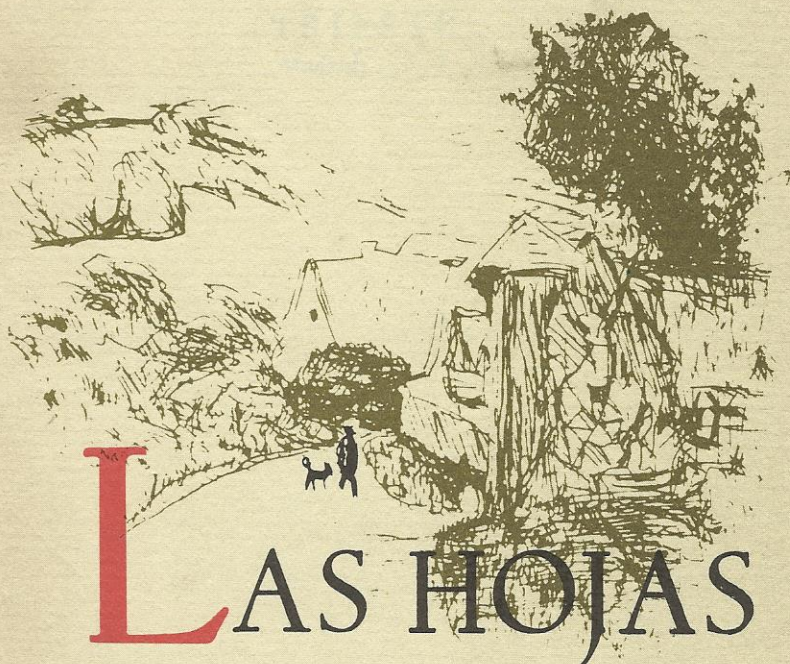


ÁNGEL RUPÉREZ



LAS HOJAS SECAS

(TRIESTE,
Madrid, 1985)

(TRIESTE
Madrid)

1985

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

ÁNGEL RUPÉREZ

LAS HOJAS SECAS

(TRIESTE,
Madrid, 1985)

ARMONÍA

SOLO sobre la hierba estoy tendido.
Solo, sin más compañía que estos seres
que viven como yo a expensas del verano,
levemente piando, meciéndose sin ruido.
¿Tendrá fin alguna vez esta estación?
No, no deseo que acaben estos roces de vida,
esta prolongación de lo demás en mí.
Con el rumor suave de la calma creciente
a la sombra me acojo y me dejo llevar
más allá de mí mismo, como a un silencio.
Cesa sin tensiones la presión de existir,
la estéril atención a cosas que no importan.
¿Silencio? Latido levísimo de hojas
que fragancia de aire desparraman, despertando.
Y apenas aleteos, trinos difusos, brisas.
A mis espaldas siento alzarse limpiamente
hacia el cielo las torres de la iglesia.
Y el sol tímidamente acompaña su ascenso
y sereno en lo alto facilita esta unión,
yo solo en la hierba, los árboles en mí,
y todo alrededor quedamente sumándose.

LA ALEGRÍA

CIELO azul de Marzo.
Una nube minúscula
camina lentamente.
Un pájaro veloz
atraviesa la tarde.
Se oye una canción:
es la alegría.

ESCARCHA AL MEDIODÍA

EN la inmensidad del campo pardusco del invierno
hoy luce el sol limpio tras los días sombríos.
Onduladas colinas roturadas conservan todavía
las señales dispersas de la escarcha nocturna.
Con el sol todo es limpio y puro y renovado.
Es frío y seco el viento que arrastra consigo
la luz de este día, el sol de esta mañana.
Miro la soledad paciente de los desnudos árboles
que esmaltan el paisaje para algunos acerbo.
No es la cuchilla de antaño este viento en la cara
pues es suave el sol y derrama su luz
envolviendo esta humanidad solitaria y callada.
Los pájaros animan el silencio con sus tímidos trinos.
Revuelan en bandadas, pueblan en hileras
los cables de la luz como si fueran seres
que descansan arriba tras larguísimos viajes.
Caen lentamente las gotas del deshielo
por aleros irisados por la luz del sol
de este mediodía afortunado, de esta mañana azul.
Palomas confiadas picotean en el suelo
granos y semillas que ha traído el viento.
También brilla el sol en sus picos y plumas.
Toda esta humanidad silenciosa habla al mediodía
tal vez a mí que vuelvo a vivir también con esta luz.

ÚNICA SOMBRA

SÓLO en mi paseo me acompaña una sombra:
en la umbría celda de una zarzamora
yace agonizando un gorrión malherido
y allí el sol no entra, sólo entra mi pena.

NORIA DEL TIEMPO

Lo que vuelve ¿bajo qué forma vuelve?
¿Noria del tiempo, tenaz vaivén
de idas y venidas, singular florecer
en las oscuras galerías donde el tiempo
dormita? La música vuelve, eterna,
y no acaba su estela en el humo de Otoños.
Vuelve la ciudad de los castaños floridos
y las áridas nieblas de la noche.
Despuntan los aromas de las mañanas de Octubre,
ondas del sol prendido en las altas torres
de otro tiempo y regresan a esta morada
sin fecha ni recuerdo. ¿Hay distancia?
Está por ver la entereza de las cosas,
cruel duda que daña el esplendor creciente,
la casi irreal cadencia de lo amado
en el tiempo, ahora que parecen las hojas
al caer sumirse en el olvido.

AMANECEER

CUANDO amanece así
y ves que el verdor suave
de las hojas nuevas
ondula con el sol,
tan sólo queda
la esperanza débil
de imaginarse así,
humilde hoja
que al sol se despereza
y con el viento tiembla.

LA FUENTE DEL SEÑOR

Se oía entonces el rugido del tren
con sequedad rasgando el velo de la tarde.
Más allá del túnel del oscuro puente,
sembrado de olores de animales domésticos
y de ásperos ecos y rugosas sombras,
los niños jaleaban el paso del convoy
mezclando la alegría de ver pasar el tren
con la tristeza íntima de ver que todo huye.
Se iba haciendo la noche con suavidad azul,
con aquella entreluz que precede al silencio.
Las estrellas brillaban y titilaba el pueblo
con lentitud trémula de diminutas luces.
Se oía el tañido del esquilón aislado,
susurraba a nuestro lado la corriente del río,
el agua que llevaba el rumor de la noche.
Y sólo deseábamos que nada perturbara
la paz de aquel instante en que iba la luna
remontando los cerros y dejándonos solos,
a nosotros serenos y a los demás en sueños.

NOCHE DE ENERO

La luz amarillenta del farol resplandece
en la húmeda calzada de la noche de Enero.
Los árboles sin hojas meditan en silencio
junto al bronco rumor de coches alejándose.
Cuántas veces me asomo a ver la oscuridad
que sólo los faroles con su luz desvanecen
y pálidos destellos de luna retraída
pienso en una sombra de mí mismo perdida
en el ayer ceñudo de los días de invierno.
Aquí es más apacible el mundo que contemplo.
Pero esta noche que es tranquila y hermosa
agita la memoria con las alas del viento.
Somos los testigos de esas llamas que vuelven
cuando sólo nos ocupa mirar la oscuridad.

LÍRICA INGLESA

LA begonia, el vaso, la lámpara, los libros.
La luz de poniente que dora las paredes
y en franjas traza de madera y cobre
un mundo que viene de la altura de Junio.
El diccionario grueso de Oxford en dos tomos,
breve cima azulada sobre la mesa blanca.
Pequeño mundo, diminuto; minúsculo ciempiés
de palabras que fluyen entre lenguas lejanas,
en crepúsculos vastos, en tardes duraderas.
Apiladas mieses del soneto de Keats:
los libros, los sueños incubados, la obra por venir.
Sobre el frutero reposan los frutos madurados
que del campo han traído cuidadosas manos.
Manzanas reinetas, albaricoques blandos,
hermosas cerezas de granate silencio.
Y el murmullo de Hopkins, el poeta extraño,
el jesuita que hizo de estrellados cielos
iluminadas villas donde ardía el Señor.
Todo en esa mesa, en esta habitación,
en la tarde que pasa con la música al fondo.

LA AZALEA

MIRA la azalea con sus flores rosadas
y la breve greca de blanco que las ciñe.
Menudas son sus hojas de un brillo verdeoscuro.
El agua sorbe del cuenco en que reposa
lentamente en el día y muy seco lo deja.
Absorbe la luz que cae por la ventana
donde ella se asienta: un rincón de la casa
que es su fuerte y su plaza, un rincón silencioso.
Un leve accidente estremeció su vida.
El olvido del agua la dejó sin aliento
y sus flores dormían sin soñar y caídas.
El rincón de la casa había oscurecido.
Pensé desconsolado en la muerte de siempre.
Pero el agua acudió y empapó sus raíces.
Y pronto amaneció en la noche cerrada.
La arrulla ahora el silencio y un poco de lluvia
y un lejano sol que la mece y sosiega.
Y aunque está dormida, la azalea me mira.

ANTIGUA VIDA MÍA

TEJADOS desgastados que el sol rejuvenece,
antigua vida mía, viejos veranos,
limpios arroyuelos que la montaña cede.
Tristeza de los pinos del pinar en agosto,
senderos polvorientos que me traéis los ecos
de pasos infantiles, amarillas retamas,
grosellas olorosas, emboscadas, secretas.
Laderas empinadas por donde andaba el corzo,
serena quietud de los lagos azules
que en invierno eran hielo y un patinar alegre
y ahora con el sol son mansedumbre.
Águilas piadosas que decoráis el cielo
con círculos aéreos que son madeja y sueño,
misterio que hace años contemplaba en silencio,
sois ahora obsesión, viejo recuerdo.
Brumosa lontananza, alta peña encumbrada
que en invierno la nieve de blanco revestía,
albo horizonte que habitaban las nubes
y ahora el vivo sol convierte en cercanía.
Pueblo diminuto que emerges limpiamente
entre el lago y los pinos, antigua vida mía.

EN SEPTIEMBRE EL OTOÑO

A veces cuando estoy en casa, distraído,
leyendo, en septiembre ya el otoño insinuándose
leve, siento que me invade una vaga nostalgia
como si una muda voz me invitara a alejarme,
susurrándome rutas que recorrer temprano.
A la luz de la página el sol que va cediendo,
la maraña que urden los vencejos volando,
el profundo sosiego de la estación que muere.
Aunque no es del todo así, exactamente:
es como irreal lo que quiero, tal vez viajar,
subir aquellas cuestas que llevaban al mar,
comprobar en lo alto si son del todo ciertas
las luces prometidas en un relato amigo
o aquella iridiscencia que contemplé en un cuadro.
Y al cerrar los ojos se acercan con los sueños
en círculos nocturnos praderas infantiles,
senderos que conducen a la fuente y al cerro
aunque pronto se borran dejándome sin nada.
Así cuando estoy solo y apenas leo y pienso
en cómo va septiembre anunciando el invierno.

EL CUADERNO AZUL

En un cuaderno que al azar encuentro,
el pasado, la tinta desvaída, el mes de Mayo,
el aroma de Londres en las suaves colinas
de un barrio de judíos, la morada de Keats,
el cielo rosa y gris sobre el gran río.
Tú también, el alma del jardín, los nidos
de gorriones, el lento sigilo del lechero
y el ruido de los trenes. El cuaderno,
el hilo perdido de la noche y el día,
leyendo sin cuidado hasta que el alba abría
la vida de las flores y la penumbra mía.
El señor del metro indicando el letrero
con nerviosos gestos, la estación soñada.
El tórrido silencio del día de Domingo,
ya en el mes de Junio, y el rumor vagoroso
de menudas hierbas meciéndose en la orilla.
Y un poco más lejos, borroso en la memoria,
un paisaje de España en un pequeño cuadro
que una vez contemplamos en un bello museo,
nostálgica presencia de frutas, bodegones.

MARZO, LA PACIENCIA, EL FRÍO

SUSURRA la hilera de los álamos sin hojas
su paciente obediencia al frío gris de Marzo.
Banderolas blancas, clavadas en la tierra,
se agitan y ondean como pañuelos blandidos
por manos que despiden el amor y la vida.
Vuela retirándose un ave fiel de invierno.
Los menudos tallos de la siembra en la tierra
silban aún verdes con la ayuda del viento
una breve canción que parece un lamento.
Pace en silencio una vaca curiosa que fija
su mirada a veces en mí y otras en su dueño.
Suenan el esquilón, vibra la luz plateada
y no lejos, donde despunta una hoguera dorada,
el alma del día parece navegar entre las aves,
el cielo azul y rojo, el misterio que vuelve.

EL VERANO, LOS LAGOS

Nos sigue el mar ruidoso mientras caminamos.
Se forman con el viento nubecillas de arena.
Vienen con nosotros en bandadas los pájaros.
A lo lejos, con una luz de ocaso y de tormenta,
refrenan los campos este ímpetu de marea y viento
y difunden su dulzura vespertina de aromas,
sueñas vacas que pacen y esquilon y establos.
Hay un débil halo de fuego, un humo de tarde.
Nosotros seguimos camino del pueblo que se asoma
en las colinas rocosas donde golpea el mar.
Buscamos un lago que un letrado señala
entre un bosque frondoso, con casas de recreo.
Al declinar la tarde se apaciguan las ocas
y el blancor estampado en el agua del lago
nos invita a sentarnos y a contemplar callados.
Serenos en la orilla, bajo árboles que duermen,
vemos que los niños con sus cestas se alejan
y esperamos también a que duerman las ocas
y a que venga la noche con su corte de estrellas.

EL ADIÓS, LA CIUDAD

EL fogón ya respira.
Se está preparando la vida de ultramar.
El sol sofoca las miradas,
diluye los pañuelos,
incendia la ciudad.
Acodado en la cubierta mira un hombre
la ciudad de su vida
que su amor y el cenit difuminan.
¿En qué piensa,
allá arriba, entre la gente,
partido en dos y solo?

RUEDA ÁUREA

GIRA una rueda minúscula
de radios de oro e infinito fulgor.
Verdaderas aves, finísimo trajín
de búsqueda y revuelo, calan con brío
el espacioso rincón de este mundo.
Su deseo, tenaz y armonioso, marea
el alma cansada que otea horizontes
en el resplandor último del sol.
Una nube se deshace desganada
en silencio y flotan alejándose
fleclos donde arde el crepúsculo.
No llega hasta mí esa dicha fugaz
de alas fundidas en luz de paraíso.

LA BREVEDAD DE LA VIDA

TAMBIÉN yo con la música
comprendo el corazón
del poeta que leo.

Es como si él presintiera
en sus cartas
que la vida comporta
ese ir y venir entre preguntas
que a la muerte interrogan.

Pues la vida
el peso del misterio es,
desvelar con esfuerzos
que a veces son dolor
extensos laberintos
y no descansar.

Así él, en plena juventud,
poco antes de morir,
temió no tener tiempo
de desgranar en versos
los sueños de su vida.
Y apenas llegó a ver,
ya muy enfermo,
en Italia la lluvia.

Recordadlo en su lecho
de un febrero romano
presintiendo su muerte:
«Siento crecer las flores sobre mí».

LEYENDO EN UN VIAJE

Un lento mecerse
de los granados trigos,
trémulo amarillo
de delicados tallos
y la puesta del sol
allá en el horizonte.
Un mirlo solitario
despunta en el tejado
de una casa de campo:
hasta allí llega el sol
con su fuerza menguante,
dorándolo todo, diluyéndolo.
Trae velozmente
el tren tras de sí
la estela del sol, sus visos
de cobre en el claro aire.
Avanzamos con los trigos,
el verde puro de los huertos,
el bosquecillo de álamos
que cede a la colina.
Ahora vuelan los mirlos
rasgando el velo
en llamas de la tarde.
Grabada en mi memoria

bulle aquel rumor
de los barrios antiguos
donde duermen los libros
en estantes de sombra.
También la soledad
de los años pasados
entre acero y acero,
a la intemperie.
Y junto a mí,
ahora que atravesamos
el suburbio
entre las nubes
púrpura, este libro
en mis manos
del poeta ya muerto.
Brillo de las páginas,
dolor irremediable
de la tarde que muere.

STENDHAL

CAMINA solitario el francés de la pasión
por calles que a esas horas el ocaso ensombrece.
Irás pensando en algún personaje de su nueva novela
no como el artista que se nutre de las letras
y es él mismo un letrado, sino como aquel
que ve en sus libros un reflejo exigente de su vida
más íntima, el afán laborioso de comprender los días.
Queda lejos París, ciudad que no ama mucho,
con sus brumas ligeras, con sus brillos efímeros
y aquel cuarto umbrío de penosos inviernos.
Se encienden poco a poco las luces de las casas,
el largo y vasto sol de la viva nostalgia,
los susurros dulces de una lengua perfecta.
Tal vez vaya a la ópera, a esa plaza no grande
donde es cálido el frío, donde sólo hay aromas
y rumores que vienen de risueños murmullos.
Esta plaza pequeña alberga la alegría
de noches duraderas de ópera y de música,
de noches que eternizan mujeres italianas.
Ya están dadas las luces cuando llega al teatro.
Se cruza en los pasillos con gente que lo mira
porque ya es conocido, un escritor famoso.
Es cortés y saluda y amaga una sonrisa.
Es también secreto y no todos conocen que luego en soledad

desentraña esas bromas, ese verse a menudo en una fiesta.
Cuando vuelve a casa, bien entrada la noche,
recopila recuerdos, frases y miradas.
Amanece en Milán, la ciudad que más ama.
Stendhal no duerme entre hojas que escribe
soñando con la Italia que alumbra la belleza, la vida.

INQUIETUD Y PAISAJE

Si la inquietud te alcanza entonces,
no brillará con igual luz
esa ciudad que un alto mirador
contempla con mirada pura,
ni el estuario del hermoso río
prometerá un mar feliz,
con esos barcos que el misterio
enciende y el resplandor del sol.
Si la inquietud te alcanza entonces,
este barrio de casuchas pintadas
y agria algarabía de pobreza
y aliento, no responderá con su noble
piedad a esta hora del día
en que las brisas soplan
y el sol dibuja su imponente círculo
allá en el horizonte.

MÚSICA EN EL AIRE

TAÑIDO de campanas, música en el aire.
En esta ciudad de pureza y pasión,
esa música que viene de las altas torres
mece el espíritu distraído en pequeñas
obras de arte, en claustros, en pinturas.
Si fuera en el norte, velado por la bruma,
enfrente tendría el destello de la lámpara
del pulcro zapatero y la mirada azul
de su rubia esposa. Aquí, en esta ciudad
de torres afiladas, dueñas del gris
más puro que conozco, los quiebros del sol
deshacen la penumbra interior de las casas
y en los cabellos de la niña se enreda
el fulgor de abril. Y tañen las campanas
la alegre consagración del fin del dolor.
La música alta de las torres del cielo
navega en mí y llega a convertirme
en un devoto más de esta urdimbre de ecos.

ASIS

Se extiende el sol como una llama
que consuela y quema. El aire en las calles
empinadas sopla tibiamente y roza
susurrando las hojas de las parras.
Pisadas y murmullos ayudan al silencio
a suavizar aún más el verdor de los huertos,
el valle que allá abajo con natural belleza
emana limpia luz, polvo dorado.
El templo en la pendiente es tan hermoso
que parece exigir que todo se le sume,
la devoción, el arte, los siglos que han pasado
y que vuelven de nuevo con el aire, las aves.
Los bancos en hileras invitan al encuentro
con el tenue marrón y rosa de los frescos,
medievales presencias de claridad y tiempo.
Y es entonces, Giotto divino, cuando surge
el espíritu del santo y vaga el tesón de lo mínimo
en la umbría estrechez de nuestro afán.
¡Qué alegría y dulzura ver cuando salimos
el cielo en llamas cuajado de mensajes
y oír los tañidos de campanas eternas!

RECOGIMIENTO

AZUL desvaído del cielo de la tarde.
Esa mancha que veo que se agranda
es el manto de la noche
que empieza a prolongarse
más allá del ocaso.

Un gato misterioso recorre los tejados
y emite destellos de estrella fugitiva.
Luego se oye el silencio
y se escuchan sus pasos, su descenso.
Así paso las tardes,
escrutando los misterios
de esta gasa azulada,
y no es raro que encuentre
atisbos de grandeza en las nubes
y el cielo.

INVITACIÓN

ESCUCHA ese mensaje tan dulce
que viene del alero
en la calma lluviosa de la tarde.
Escucha, escucha, tú que no acostumbras
a hacer tuyo ese hilván
de música y revuelo,
ese espíritu puro.
Escucha esa canción que atraviesa la tarde
y hace vasta la luz
y tan largo el instante.
No dejes escapar esa música dulce
que aún dura y se extiende
en la luz plateada que no acaba
en la noche.

I

CLAMOR de verano	[11]
Armonía	[12]
La alegría	[13]
The little Shepherd	[14]
Duración	[15]
El valle	[16]
Sosiego	[18]
Ocaso	[19]
Como si fuera eterno	[20]
Escarcha al mediodía	[22]
Única sombra	[23]

2

Dulce distancia	[27]
Noria del tiempo	[28]
Amanecer	[29]
La nostalgia	[30]
Verano sin fin	[31]
La fuente del Señor	[32]
Noche de Enero	[33]
Presagio	[34]
La tristeza	[35]
Qué tiempo, qué vacío	[36]
De ayer a hoy	[37]

3

Lírica inglesa	[41]
La azalea	[42]
Antigua vida mía	[43]
En Septiembre el Otoño	[44]
El cuaderno azul	[45]
Marzo, la paciencia, el frío	[46]
El Verano, los lagos	[47]
El libro	[48]
El balcón de Brooklyn	[49]
El adiós, la ciudad	[50]
Rueda áurea	[51]

4

La brevedad de la vida	[55]
Leyendo en un viaje	[57]
Stendhal	[59]
Inquietud y paisaje	[61]
La soledad y el vuelo	[62]
Las migas de Milán	[63]
Música en el aire	[64]
Cielo azul de Roma	[65]
Asís	[66]
Desconsuelo	[67]
Recogimiento	[68]
Invitación	[69]

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1985,
EN LOS TALLERES DE MUSIGRAF ARABÍ,
CERRO DEL VISO, 16,
TORREJÓN DE ARDOZ
(MADRID)